

EL REY

Yo he leído esos nombres en algún sitio...

EL MARQUÉS DE NANGIS

¡Señor, gracia y justicia!

EL REY

¿Qué título invocáis para pedirla?

EL MARQUÉS DE NANGIS

Yo soy tío del uno.

EL REY

¿Y vos?

MARIÓN, con firmeza

Yo soy hermana del otro.

EL REY

Tío y hermana... ¿Qué queréis de mí?

EL MARQUÉS DE NANGIS, mostrando alternadamente las dos manos del rey

De esa mano justicia, y de la otra piedad. Yo, Guillermo, marqués de Nangis, capitán de cien lanzas, barón del monte y del llano, contra Armando Duplessis, cardenal Richelieu, requiero á mis dos señores: el rey de Francia y Dios. Vengo á pedir justicia; Gaspar de Saverny, por quien hago el requerimiento, es mi sobrino.

MARIÓN, bajo, al marqués

¡Hablad por los dos, monseñor!

EL MARQUÉS DE NANGIS, continuando

El mes pasado tuvo un lance de honor con un gentilhombre, un capitán, un Didier, que creo de incierta nobleza. Fué un error. Los dos se portaron como valientes, pero el ministro había apostado á sus hombres...

EL REY

Conozco el asunto. Basta. ¿Qué tenéis que decirme?

EL MARQUÉS DE NANGIS, levantándose

Digo que ya es tiempo de que penséis, señor, que el cardenal tiene sombríos proyectos y bebe la sangre mejor de vuestros súbditos. Enrique, vuestro padre, de memoria real, no habría abandonado de este modo á los nobles, sus leales; no les hería sin pensarlo mucho, y bien defendido por ellos sabía defenderlos bien. Sabía que puede hacerse con la gente de espada algo más que un montón de cabezas sangrientas; sabía aprovecharla para la guerra. No lo ignoraba el buen rey, cuyo justillo habían atravesado las balas más de una vez. Eran los buenos tiempos. Yo pertenezco á ellos y los honro. Palpitaba todavía en los espíritus un orgullo señorial. Jamás un eclesiástico habría puesto mano en la nobleza. No se encontraban cabezas baratas. Señor, para los negros días que atravesamos, creed el consejo de un anciano; conservad un puñado de caballeros; podéis necesitarlos á vuestra vez. Todavía nos acordamos de la guerra civil, y el vendabal de ayer ruge por los rincones de vuestro reino. Sed menos espléndido de las penas del verdugo. A él corresponde guardar su acero en la vaina, no á nosotros. Economizad los cadalsos. No queráis, con el tiempo, tener que recordar á este bravo ó aquel gran corazón, cuyos cada-

veres blanquean entre las cuerdas de la horca. ¡Señor, la sangre no es riego fecundo, y sobre la plaza de la Greve no recogéis cosecha alguna! El pueblo evita la vista de los reyes, cuando, á expensas del Louvre, se puebla Monfaucón. ¡Mueran los cortesanos, si es necesario que su voz venga á divertirlos, mientras el verdugo trabaja! Esta voz de los aduladores, que os dice que todo marcha bien y que, al fin y al cabo, sois hijo de Enrique IV y sois Borbón, por alta que suene no podrá apagar el sordo ruido que hace, cayendo, una cabeza humana. ¡Cuidad, señor, que yo os prevengo que vuestro juego tiene riesgos y que un día habéis de encontraros faz á faz con Dios! Y antes de acabar, dejadme deciros que vale más un combate que un suplicio, y que no glorifica ni honra á los Estados tener á los soldados en la holganza y al verdugo en la faena; que es un mal pastor para vuestra Francia un sacerdote que exige el diezmo en cabezas, y que ese hombre osado y torpe, que se permite tocar vuestro cetro, tiene sangre en las manos.

EL REY

El señor cardenal es amigo mío. Quien me ame, debe amarle.

EL MARQUÉS DE NANGIS

¡Señor!...

EL REY

Basta. Él es otro yo.

EL MARQUÉS DE NANGIS

¡Señor!...

EL REY

¡Basta de sermones, que me aturden!

(Mostrando sus cabellos que blanquean.)

¡Gracias á los sermoneadores tengo los cabellos grises!

EL MARQUÉS DE NANGIS

Y no obstante, señor, merecen alguna palabra un anciano y una mujer que lloran. Se trata de la vida y de la muerte, en vuestra presencia.

EL REY

¿Qué me pedís?

EL MARQUÉS DE NANGIS

El indulto de Gaspar.

MARIÓN

El indulto de Didier.

EL REY

Lo que un rey desperdicia en indultos, lo roba á la justicia.

MARIÓN

¡Ah, señor! ¡Que el rey se compadezca de nuestra pena! ¿Sabéis de qué nace? ¡Dos jóvenes aturdidos rodando al abismo por un duelo! ¡Morir, Dios mío, y morir en una horca! ¡Vos tendréis misericordia de ellos! Yo, pobre mujer, ignoro como se habla á los reyes. Tal vez no está bien que lllore; pero vuestro cardenal, señor, es un monstruo. ¿Por qué quiere perderles? ¿Qué le han hecho? ¡Ni tan siquiera ha visto nunca á mi Didier! ¡Ay! El que le ha visto, le ama. ¡A su edad! ¡Matarles por un desafío! Señor, ¿no pensáis en sus madres? ¡Oh, es horrible! ¡Vos no lo querréis! Nosotras las mujeres no sabemos razonar como los hombres; no tenemos más que lágrimas, sollozos y rodillas que tiemblan y se doblan bajo la

mirada de los reyes. ¡Han hecho mal, es cierto! Si creéis que han faltado, sed rey, ¡perdonadles! Ya sabéis lo que es la juventud. ¡Dios mío! Los jóvenes, ¿saben lo que se hacen? Por un gesto, por una mirada, por una palabra—muchas veces por nada, en el fondo—se insultan, se arrebatan, se ciegan. Todos los días acontecen así las cosas. Estos señores lo saben; preguntádselo, majestad. ¿Verdad que sí, señores? ¡Ah! ¡Qué pena! ¡Y decir que vos, con una sola palabra, podéis salvar ambas cabezas! ¡Yo os adoraré, señor, si lo hacéis! ¡Gracia, gracia! Si yo pudiese, si yo supiese hablar, señor, no me faltan deseos, hablaría más, no callaría hasta que dijeseis: es necesario consolarla, pobre muchacha, su Didier es su alma... ¡Me ahogo, tenedme compasión!

EL REY

¿Quién es esta mujer?

MARIÓN

Una hermana que tiembla á vuestros pies... Vos os debéis al pueblo.

EL REY

Sí, yo me debo á todos. Y el duelo jamás ha causado tantos daños como ahora.

MARIÓN

¡Necesitamos piedad!

EL REY

Ejemplos se necesitan.

EL MARQUÉS DE NANGIS

¡Dos niños de veinte años, señor! Pensadlo bien
¡La edad de los dos juntos es la mitad de la mía!

MARIÓN

Majestad, vos tenéis una madre, una mujer, un hijo, alguien á quien amáis de corazón, un hermano. Pues bien, ¡piedad para una hermana!

EL REY

¿Un hermano? No lo tengo.

(Reflexiona un instante.)

¡Ah, sí! *Monseñor*.

(Fijándose en el séquito del marqués.)

¿Y esto, marqués de Nangis, qué significa? ¿Estamos sitiados? ¿Partimos para una cruzada? Para venir á nuestra presencia seguido de vuestros guardas, ¿sois duque ó par de Francia?

EL MARQUÉS DE NANGIS

No, majestad. Soy más que duque ó que par improvisado en vanas ceremonias: soy barón bretón de cuatro baronías.

BELLAGUARDA, aparte

El orgullo es tal vez excesivo y poco hábil.

EL REY

Bien. Volveos con vuestro derecho á vuestra casa, pero dejadnos con el nuestro en nuestras tierras. Nos somos justiciero.

EL MARQUÉS DE NANGIS, estremeciéndose

Señor, en nombre de vuestros padres, considerad su edad, sus faltas expiadas ya y el orgullo de un anciano que se abate á vuestros pies. ¡Gracia!

(El rey hace un gesto brusco de cólera y negativa. El marqués se levanta lentamente.)

Fuí compañero del rey Enrique, vuestro padre y el

nuestro. Yo estaba aquí cuando el otro... el otro monstruo, le clavó el puñal... Hasta la noche hice guardia al rey muerto, como era mi deber. Luego he visto morir á mis seis hermanos, uno tras otro, ante las fuerzas enemigas de vuestra casa. Una mujer me amaba; la he perdido también. Y ahora... el anciano que aquí veis, es como un condenado atado á la rueda del tormento; el Señor ha roto mis pobres miembros, uno á uno, con su maza de hierro. Ahora muere el día y acabo de recibir el último golpe. ¡Señor, Dios os conserve!

(Saluda profundamente y sale. MARIÓN se deja caer medio muerta en el hueco de la puertecita dorada del gabinete del rey.)

EL REY, enjugándose los ojos y mientras ve alejarse al marqués, á BELLAGUARDA

Para no desfallecer, es preciso que tenga voluntad un rey. No es fácil hacer bien las cosas. Ese viejo me ha conmovido.

(Divaga un momento y sale de su silencio bruscamente.)

Hoy no habrá indultos. Ayer pequé demasiado.

(Acercándose á BELLAGUARDA.)

En cuanto á vos, duque, antes de entrar el marqués me habéis dicho ciertas osadías que podrán perjudicaros cuando se las repita al cardenal al explicarle nuestra conversación. Lo siento por vos. En adelante conteneos...

(Despidiendo con el gesto guardas y cortesanos.)

Señores, dejadme solo.

(A L'ANGELY.)

Tú, quédate.

(Sale todo el mundo, excepto MARIÓN, á la que el rey no ve. El DUQUE DE BELLAGUARDA la ve acurrucada en la puerta y se dirige á ella.)

BELLAGUARDA, bajo, á MARIÓN

No os podéis quedar á la puerta del rey. ¿Qué hacéis ahí inmóvil como una estatua? ¿Qué esperáis ya?

MARIÓN

Que vengan á matarme.

L'ANGELY

Dejadla, duque.

(Bajo á MARIÓN.)

Quedaos.

(Se aproxima al rey, que estará sentado en el gran sillón y sueña abstraído.)

ESCENA OCTAVA

EL REY y L'ANGELY

EL REY, con un profundo suspiro

¡L'Angely, L'Angely! Acércate, tengo el corazón enfermo y lleno de amargura. Ni risa en la boca, ni lágrimas en los ojos. Tú, que no tienes miedo de su majestad, haz brillar en mi alma un rayo de alegría...

(Un silencio.)

L'ANGELY

¿No será que la vida es una cosa amarga, señor?

EL REY

¡Ay!...

L'ANGELY

¿Y que el hombre es menos que un soplo?

EL REY

Un soplo y nada más.

L'ANGELY

¿No será que es bien triste ser hombre y ser rey, señor?

EL REY

Sí, es una carga doble.

L'ANGELY

¿Que vale más estar en la fosa que en el mundo, majestad?

EL REY

Siempre lo he dicho.

L'ANGELY

Haber muerto ó no haber nacido: he ahí la única felicidad, señor. Pero el hombre es un reo.

EL REY

¿Cómo me diviertes hablándome así!

(Un silencio.)

L'ANGELY

¿Creéis vos que se sale del sepulcro?

EL REY, cuya tristeza ha ido en aumento, según que hablaba el bufón

Con el tiempo lo sabremos. Ya quisiera estar allí.

(Un silencio.)

¡Loco! Soy desgraciado. ¿Comprendes esto bien?

L'ANGELY

Lo veo; vuestra mirada, vuestro luto, vuestro rostro flaco...

EL REY

Pero... ¿Cómo quieres que ría?

(Acercándose al loco.)

Porque conmigo, desengáñate, tus esfuerzos son in-

útiles; pierdes tu vida. ¡Valiente oficio! Loco del rey. Cascabel mudo; muñeco de cartón cuya sonrisa eterna no es más que una mueca. ¿Qué haces en el mundo condenado al mismo papel siempre? ¿Por qué vives?

L'ANGELY

Por curiosidad. Pero á vos, ¿de qué os sirve vivir? Para ser rey á vuestro modo, más valiera ser hembra. Yo soy un muñeco cuyo hilo tenéis vos; pero bajo vuestras ropas reales hay otro hilo más tirante, porque lo aguantan unas manos más duras; prefiero que tiren de mi cuerda las manos de un rey que las de un sacerdote.

(Un silencio.)

EL REY, divagando y cada vez más triste

Te burlas, pero dices la verdad. Es un hombre satánico. ¿El diablo no podría haberse hecho cardenal? Si lo fuera y yo estuviera obseso de él, ¿qué te parece?

L'ANGELY

Muchas veces se me ha ocurrido lo mismo.

EL REY

No digamos eso. Debe ser pecado. Para que veas mi mala suerte. Llego aquí, tenía magníficos ánades de España, que sólo comen peces, pues ni una gota de agua donde pescarlos: ¡selva, nada más! No hay ni un estanque en Chambord. ¿Quiero cazar? Me llevan al mar. ¿Pescar? A la llanura. ¿No es una desgracia?

L'ANGELY

Vuestra vida está llena de suplicios espantosos.

EL REY

¿Cómo quieres consolarme?

L'ANGELY

Oid, otro suplicio. Vos consideráis como virtud—y con justicia—el arte maravilloso de educar los gerifaltes para la caza de la perdiz. Creo que un buen cazador, como vos lo sois, debe apreciar á un halconero...

EL REY, vivamente

¡Un halconero es un Dios!

L'ANGELY

Pues bueno: van á morir dos dentro de poco.

EL REY

¡A la vez!

L'ANGELY

Sí.

EL REY

¿Quiénes?

L'ANGELY

Dos, famosísimos.

EL REY

¿Quiénes, por favor?

L'ANGELY

Esos dos muchachos cuyo indulto acababan de pedir.

EL REY

¿Ese Gaspar? ¿Ese Didier?

L'ANGELY

Creo que sí, los últimos.

EL REY

¡Oh, qué calamidad, dos halconeros! Así se va perdiendo el arte. ¡Maldito desafío! Luego moriré yo y ese arte acabará de perderse... como todo. ¿Por qué se batieron?

L'ANGELY

El uno sostenía que el gerifalte, á todo vuelo, no le llega al halcón.

EL REY

Se equivocaba. Pero el caso no es ahorcable.

(Un silencio.)

¡Y aunque lo fuera! Yo no puedo perder mi derecho de gracia. El cardenal se alegra siempre que procedo con dulzura.

(Un silencio. A L'ANGELY.)

Richelieu quiere su muerte.

L'ANGELY

Y vos ¿qué queréis?

EL REY, después de una reflexión en silencio

¡Morirán!

L'ANGELY

Está bien.

EL REY

¡Pobres halconeros!

L'ANGELY, asomándose á la ventana

Mirad, señor.

EL REY, volviéndose con sobresalto

¿Qué?

L'ANGELY

Mirad, os digo.

EL REY, levantándose y dirigiéndose á la ventana

¿Qué es?

L'ANGELY, mostrándole algo afuera

Acaban de relevar la guardia.

EL REY

¿Y qué?

L'ANGELY

¿Quién es aquel de los galones amarillos?

EL REY

El cabo de guardia.

L'ANGELY

Coloca á cada centinela en su sitio y le dice algo al oído.

EL REY

El santo y seña. ¿A dónde quieres ir á parar, bufón?

L'ANGELY

A esto: los reyes son también centinelas en la tierra. No tienen pica, pero disponen de un cetro para hacer la guardia. Cuando han acabado sus paseos, la Muerte, vuestro cabo de guardia, coloca en su lugar otro portacetros, y de parte de Dios le dicta el santo y seña, que es esta palabra: ¡Clemencia!

EL REY

No, esta otra: *Justicia*. ¡Ah! ¡Lástima de halconeros! ¡Morirán!

L'ANGELY

Como vos, como yo. Grande ó pequeño, la muerte lo devora todo con igual apetito. Pero, por impacientes que lleguen los muertos, duermen tranquilos. El señor cardenal os abrumba y os atormenta; esperad. Cuando hayamos hecho nuestro camino, yo el bufón, vos el rey y él el dueño, tendremos que dormirnos, y entonces, por grande que sea el orgullo de un hombre, no tiene más de seis pies, contados en el ataúd... ¡Todo llegará! Mirad á monseñor, ya sus achaques no le permiten dejar la litera.

EL REY

Sí, la vida es amarga y la fosa es tranquila. Si no contara contigo para distraerme un poco...

L'ANGELY

Señor, precisamente vengo á despedirme.

EL REY

¿Qué dices?

L'ANGELY

Os dejo.

EL REY

¡No, mi amigo! Sólo la muerte libra del servicio de los reyes.

L'ANGELY

Por eso voy á morir.

EL REY

¿Estás loco de veras? ¿Qué dices?

L'ANGELY

Voy á morir condenado por vos, rey de Francia y Borbón.

EL REY

Si haces mofa, explicame cómo debo descifrarla.

L'ANGELY

Señor, yo estuve complicado en el duelo de esos dos gentilhombres. Y en él figuró mi espada, por lo menos. Ahí la tenéis.

(Saca su espada y la presenta al rey, hincando una rodilla en tierra.)

EL REY, tomando la espada y examinándola

¿Es de verdad una espada? ¡Sí, á fe mía! ¿Y cómo la tienes, amigo?

L'ANGELY

Creo que soy caballero. Pero, en fin, vos no habéis querido perdonar á los culpables y yo figuro entre ellos.

EL REY, grave y sombrío

Entonces, adiós. Déjame, pobre loco, besar tu frente antes de que te obliguen á doblarla.

(Lo hace.)

L'ANGELY, aparte

Creo que toma la cosa terriblemente por lo serio.

EL REY, después de un silencio

Nunca un rey puede oponerse á la justicia; pero en este caso, cardenal Armando, sois muy cruel. ¡Condenar á dos halconeros famosos y á mi bufón por un duelo!

(Se pasea vivamente agitado, con la mano en la frente. Luego se vuelve á L'ANGELY, que le observa inquieto.)

¡Ea! ¡Vamos, consuélate! La vida es muy amarga, vale más la fosa, el hombre es un soplo...

L'ANGELY

¡Demonio!

(El rey continúa paseándose y parece vivamente agitado.)

EL REY

¿De modo que van á ahorcarte, pobre loco?

L'ANGELY, aparte

Ahora sí que empezó á sospecharlo.

(Alto.)

Si vos no lo evitáis con una palabra...

EL REY

Pues ¿quién me divertirá? Si se sale del sepulcro vendrás á decírmelo; aprovechemos la ocasión.

L'ANGELY

¡El encargo es gratisimo!

(El rey continúa paseándose y dirige de cuando en cuando la palabra á L'ANGELY.)

EL REY

¡L'Angely! ¡Qué triunfo para el cardenal Armando!

(Cruzando los brazos.)

¿Crees que si me propusiera mandar, lo lograría?

L'ANGELY

Montaigne os respondería: *¡Quién sabe!* Y Rabelais: *Tal vez.*

EL REY, con un gesto de resolución

¡Bufón, un pergamino!

(L'ANGELY le presenta con precipitación un pergamino, que estará en una mesa cerca de un escritorio. El rey escribe con rapidez algunas palabras y después entrega el pergamino á L'ANGELY.)

¡Os indulto á los tres!

L'ANGELY

¿A los tres?

EL REY

¡Sí!

L'ANGELY, á MARIÓN

Señora, aproximaos y doblad las rodillas para dar gracias al rey.

MARIÓN, cayendo de rodillas

¿Tenemos vuestro indulto?

L'ANGELY

Le he convencido...

MARIÓN

Pues ¿qué pies debo besar, los vuestros ó los suyos?

EL REY, asombrado, examinando á MARIÓN

¿Qué quiere decir esto? ¿Es una red que me tendéis?

L'ANGELY, dando el pergamino á MARIÓN

Tomad este papel.

(MARIÓN besa el pergamino y lo introduce en su seno)

EL REY, aparte

¿Me habrán hecho traición?

(A MARIÓN.)

Un momento, señora. Es necesario que me devolváis esta hoja...

MARIÓN

¡Dios mío!

(Luego al rey, con altivez, presentándole la garganta desnuda.)

¡Venid á cogerla vos, señor! ¡Y á la vez arrancadme el corazón!

(El rey se detiene y retrocede cohibido.)

L'ANGELY, en voz baja, á MARIÓN

¡Bravo! Guardadla ahí y no cejéis. El rey no pondrá sus manos en ese sitio.

EL REY, á MARIÓN

Digo que me devolváis el pergamino.

MARIÓN

Tomadlo.

EL REY, bajando los ojos

¿Quién es esta sirena?

L'ANGELY

¡No se atrevería á sacar nada del corpiño de la reina!

EL REY, despidiendo á MARIÓN con el gesto, después de un momento de duda y sin mirarla

Está bien, retiraos.

MARIÓN, saludando profundamente al rey

¡Corro á salvar á los prisioneros!

(Sale.)

L'ANGELY, al rey

Es la hermana de Didier, uno de los halconeros condenados.

EL REY

Ella es lo que quiere. Pero es extraño de que modo me ha hecho bajar los ojos, á mí que soy un hombre.

(Un silencio.)

Bufón, tú has jugado conmigo, y ahora sí que necesitas mi perdón.

L'ANGELY

¡Concedédmelo, pues! Cada gracia es un peso que el rey se quita de encima.

EL REY

Es verdad. Siempre me han parecido inhumanas

las hecatombes de la Greve. Nangis lo ha dicho bien, y Montfaucón, para poblarse, vacía el Louvre.

(Paseándose á grandes pasos.)

Es una verdadera traición pretender negarle el derecho de gracia al hijo del rey Enrique. ¿Para qué sirvo, pues, caído, destronado y desarmado? Vivo encerrado en ese hombre como en una sepultura. Su manto es mi sudario y mis pueblos me lloran. ¡No, no! Yo no quiero que mueran esos dos mozos, porque la vida es un don del cielo hermoso y excelente.

(Después de una divagación.)

Dios, que sabe á donde conduce, puede abrir una tumba; el rey no. Los devuelvo á los dos á su familia. Vivirán. Ese anciano y esa muchacha me colmarán de bendiciones. Está dicho. ¡Y he firmado yo, el rey! El cardenal se me pondrá furioso; pero ¡qué diablo!, peor para él. Daré gusto á Bellaguarda.

L'ANGELY

Sobre que, alguna vez, debe permitiros ser rey, por descuido.

ACTO QUINTO

EL CARDENAL